

# **FOLLETO TEOSÓFICO COLOMBIANO**

**Edición especial**

**Número 36**

## **El privilegio de ser miembro de la Sociedad Teosófica**

**Por Gabriel Burgos Suárez**

## EL PRIVILEGIO DE SER MIEMBRO DE LA SOCIEDAD TEOSÓFICA

Gabriel Burgos Suárez

En todas las grandes religiones del mundo encontramos la aseveración de que Dios es Amor y Verdad y Luz. Al ser Dios Verdad en uno de sus aspectos, vemos con claridad la certeza de la sentencia “No hay religión más elevada que la Verdad”

Surgen en nosotros al escuchar esta sentencia inquietudes que tenemos que resolver a cabalidad, como ¿qué es la Verdad?, ¿alguien la posee?, ¿en dónde la encuentro? Porque siendo Dios infinito y la Verdad una forma de manifestarse, tiene naturalmente infinitas expresiones que no pueden estar sino parcialmente en mentes finitas, en organizaciones creadas por mentes finitas, en libros que, aunque se consideren sagrados, han sido recopilados y transcritos por mentes finitas.

El teósofo, por consiguiente, nunca pretende ser poseedor de la Verdad, sino **ser un buscador de la Verdad.**

Examinemos esto a través de algunos ejemplos que nos muestran cómo el ser humano, en la medida que avanza el conocimiento científico, se acerca a la verdad del mundo físico en el que vivimos:

Primer ejemplo:

Según Euclides, el creador de la geometría, el *triángulo* es un polígono conformado por tres lados, así como por tres vértices y tres ángulos interiores que suman 180 grados. Los lados están formados por tres líneas rectas. Esto funciona muy bien cuando las mediciones se hacen sobre superficies planas.

En la geometría del espacio los triángulos no están formados por líneas rectas sino por arcos de la circunferencia. Si se viaja a través de un meridiano se volverá al punto de partida. Ambas geometrías son verdad y no son verdad.

Segundo ejemplo:

Según el testimonio de los sentidos físicos vemos que la tierra está inmóvil, que el sol nace al amanecer por el oriente, asciende hasta el zenit al mediodía y se oculta al atardecer. Para el observador corriente esto es un hecho obvio. Así lo consideraron por siglos los observadores del pasado, declarando que la tierra es el centro del Universo, hasta cuando aparece Copérnico, que corrige ese postulado basándose en sus observaciones astronómicas, y mostrando que el Sol es el centro del sistema solar. Desafortunadamente murió antes de ver publicada su obra. Galileo continuó las observaciones astronómicas de Copérnico, las comprobó y las hizo públicas, pero fue condenado por la “Santa Inquisición” debido a que su pensamiento era una herejía que

estaba en contra de lo que afirmaban las Escrituras. Había que creer ingenuamente con fe de carbonero. Hoy se sabe que el Sol no es el centro del Universo, sino que está en un extremo de la Vía Láctea.

Nos acercamos a la Verdad en la medida en que crece nuestro conocimiento y comprensión.

Se van haciendo nuevos y sucesivos descubrimientos de cosas que antes ni siquiera soñábamos: Telégrafo, teléfono, radio, televisión, Internet, celular, computador, etc. En el pasado la comunicación a alguna distancia se hacía a gritos o por señales de humo. El que no supiéramos de la existencia de ondas de sonido, de radio, de rayos X, rayos gamma, ondas electro-magnéticas, no quiere decir que no existieran, sino que no teníamos las condiciones para conocerlas y aplicarlas.

Los libros y las tradiciones nos cuentan lo de antes, lo que conocemos como historia. Pero el conocimiento continúa y evoluciona. Debemos estar atentos al presente y proyectarnos al futuro.

Los descubrimientos y la tecnología tratada, y mucho más, tienen que ver con el mundo físico denso, pero nos quedan muchos interrogantes en relación con aspectos no perceptibles por nuestros cinco sentidos.

Después de la muerte el cuerpo se desintegra porque se entierra, se coloca en una bóveda o se crema. ¿Por la desintegración del cuerpo dejamos totalmente de existir? Si esto fuera así la vida no tendría objeto.

El hecho de que no podamos ver otros mundos constituidos por estados de materia más sutiles, no quiere decir que no existan.

A los seres humanos nos llega un momento en que no podemos vivir tranquilos si no encontramos respuestas a muchos interrogantes que antes no nos hacíamos. ¿La vida tiene un objetivo?, ¿Quién soy realmente?, ¿Desapareceré totalmente con la muerte?, ¿Si continúo, qué hay más allá? Si como dicen las religiones hay una causa que podemos llamar Dios, y esa causa es sabia y justa y buena y amorosa, ¿Por qué veo por todas partes tanto dolor y diferencias y desigualdades o injusticias?, ¿Qué pasa? Porque una vez que empezamos a cuestionarnos necesitamos encontrar respuestas que nos llenen y no podemos volver a aceptar nada por imposición.

Tal vez nos encontremos aún confusos, pero no podemos continuar así. Queremos conocer la Verdad y tenemos que buscarla.

**Estamos armando un rompecabezas en donde están todas las fichas, pero no las sabemos colocar. Hemos armado algunos grupos que tienen mayor o menor significado, pero no los sabemos encajar unos con otros. Tenemos verdades a medias, pero empezamos a presumir que cuanto más avanzado esté el rompecabezas tendremos una mejor comprensión de lo que significa.**

Empezamos a darnos cuenta de que no solo hay una evolución material que en forma maravillosa nos ha ido mostrando la ciencia, sino que la mente, la razón, la conciencia, también han ido creciendo en forma evolutiva, y que hay seres que están en etapas superiores a las nuestras y que siempre nos han ayudado en nuestro empeño, aunque no seamos plenamente conscientes de esto. Estos Grandes Seres nos han estado mostrando sabiamente el camino de acuerdo con nuestras propias limitaciones en el campo evolutivo. Dos de estos Grandes Seres, según vemos en “Las Cartas de los Maestros”, fueron los fundadores internos de la Sociedad Teosófica: los Maestros Morya y Kuthumi, quienes inspiraron a la señora Blavatsky y al Coronel Olcott para la fundación externa.

Y he aquí el prodigio:

Hemos encontrado la Sociedad Teosófica que nos muestra la Teosofía o Sabiduría Divina, y empieza a despejarse el enigma en la medida que nos adentramos en su conocimiento día tras día, semana tras semana, mes tras mes, año tras año.

Y el más grande privilegio es habernos hecho miembros de la Sociedad Teosófica.

¿Por qué? A través de sus enseñanzas el rompecabezas avanza y nos damos cuenta de que tiene un maravilloso sentido.

La Teosofía es como la luz de un faro en una noche oscura que le indica al capitán del barco cuál es la dirección que debe tomar para llegar seguro al puerto. Pero el capitán tiene que tomar la decisión. Cada uno de nosotros es el capitán de su propio barco y cada uno tiene la responsabilidad de aprender a conducirlo seguro al puerto que tiene como meta. Es un viaje de la ignorancia a la sabiduría en medio de las condiciones cambiantes del mundo fenomenal.

Muchos creen que la Sociedad Teosófica (S.T.) es una más entre muchas organizaciones que tienen propósitos similares, que todas son iguales. Es cierto que algunas son muy valiosas, pero siento que la S.T. es única por las siguientes razones:

a) La S.T., de acuerdo con su declaración de “Libertad de pensamiento”, no nos impone de ninguna manera cómo pensar y obrar.

b) No hay ninguna autoridad espiritual dentro de la S.T. No hay maestros ni gurús dentro de la Sociedad.

c) No hay ningún tipo de dependencia para lograr nuestro adelanto espiritual. No nos ponemos en las manos de nadie, pues todo adelanto depende del esfuerzo de cada uno, de su dedicación, de su comprensión.

d) Solo debemos ejercer la autoridad sobre nosotros mismos, nunca sobre los demás.

e) El único que debe determinar el Sendero para cada uno de nosotros es el Maestro interno, oculto en lo más profundo de nuestra naturaleza. Cada uno es para sí mismo el Sendero.

f) Nadie nos premia o castiga. “Cosechamos lo que sembramos.”

g) No existen dogmas ni creencias obligatorias para nadie.

Por todo esto y mucho más estoy seguro de que la Sociedad Teosófica es única.

Es un gran privilegio encontrar las enseñanzas teosóficas en un mundo interesado en miles de cosas que le puedan dar al ser humano confort, poder, prestigio, dinero, placeres, diversiones, etc. Si tenemos una población aproximada de siete mil millones de seres humanos (7.000.000.000) y alrededor de 35.000 miembros en la Sociedad Teosófica, esto quiere decir que hay un miembro por cada 200.000 habitantes.

**Este es un privilegio que nos ha dado la vida, que, si no lo aprovechamos con toda nuestra alma y con todo nuestro empeño, es posible que tengan que pasar muchas vidas futuras antes de que vuelva a presentarse.**

Si en un estadio de fútbol caben 40.000 personas, se necesitan cinco partidos con lleno completo para lograr un ingreso de 200.000 aficionados, entre los cuales, tal vez, se encuentre un teósofo. Los aficionados al fútbol hacen toda clase de sacrificios para asistir al partido programado, pagando costosas boletas, sin importar si el día es soleado o lluvioso. No hay ningún compromiso ni obligación que los detenga. Y allí están.

En la calidad y compromiso voluntario para vivir una vida teosófica también hay una absoluta libertad. Cada uno marcha al ritmo de su propio tambor. Por eso se nos ha dicho que el primer requisito para nuestro desarrollo interno es el “discernimiento” espiritual.

Uno de los motivos del estudio de hoy es para que reflexionemos sobre este privilegio de ser miembro de la Sociedad Teosófica y cómo lo tomamos.

